

resumiendo en sí mismo el tipo de los vicios y virtudes de su nación. La necesidad de proveer por sí mismo á sus necesidades, lo hace activo; es paciente á causa de los sufrimientos de todo género que se ve obligado á sufrir; ama la independencia como el único bien de que puede disfrutar, pero es también quimerista por odio á toda dominación; y además de ser duro consigo mismo, llega á ser cruel, y con demasiada frecuencia se muestra ávido de venganza.

» La analogía de situación y sentimiento les inspiraba á todos el mismo pundonor; el sable, la hospitalidad y la elocuencia eran su gloria; el sable, la única garantía de sus derechos; la hospitalidad resumía para ellos todo el código de la humanidad, y á falta de escritura, la elocuencia servía para terminar las disidencias que no se resolvían por las armas.»

«Quizás, dice Desvergers, el rasgo más notable del carácter árabe es esa misma mezcla íntima de ardor por el saqueo y de hospitalidad; de espíritu de rapiña y de liberalidad; de crueldad y de generosidad caballeresca, que pone alternativamente en relieve las cualidades más opuestas, atrayendo en el curso de una relación veinte veces sobre la misma persona la admiración y la censura. Difícil sería darse cuenta de estas perpetuas inconsecuencias, si uno no se colocase en el punto de vista excepcional de un pueblo aislado de todo contacto por su posición, y que se ve obligado á bastarse á sí mismo en el territorio más ingrato. La pobreza de este territorio era su excusa del saqueo; pues privados de aquellas cosechas abundantes ó de aquellos ricos pastos que bastaban para las necesidades de otros pueblos, reparaban la injusticia de la suerte apelando abiertamente á la fuerza, y cada vez que atacaban una caravana creían tomar posesión de la parte de bienes que debiera haberseles señalado al distribuirse la tierra. Como no diferenciaban la guerra de la emboscada, el robo á mano armada les parecía un derecho de conquista, y creían tan meritorio despojar al viajero como tomar una ciudad por asalto, ó reducir una provincia. Semejantes inclinaciones no merecerían ninguna simpatía, si no las compensasen algunas nobles virtudes. Ese mismo guerrero á quien la sed de saqueo, el deseo de venganza y el amor propio ofendido inspiraban actos inauditos de crueldad, se convertía, una vez dentro de su tienda, en huésped liberal y cortésísimo; y el oprimido que pedía su protección ó se confiaba á su honor, no sólo era recibido como amigo, sino

hasta como miembro de la familia: su vida era desde entonces sagrada, y su huésped la hubiera defendido con peligro de la suya, aunque hubiese llegado á descubrir que el hombre albergado en su hogar era el enemigo cuyo exterminio había deseado mil veces, y hasta quizás no hubiera tenido escrúpulos en apoderarse por astucia ó por fuerza del camello de su vecino para ofrecer á su comensal una hospitalidad más grande y generosa. La generosidad ha sido siempre la virtud que los Arabes han estimado más que cualquiera otra, y que ellos consideraron, por decirlo así, como dote especial de su nación.»

Por mi parte añadiré que los Arabes nómadas, lo mismo en Arabia que en Siria ó en Africa, poseen todavía, como carácter principal, un sentimiento de independencia tan extremadísimo, que le sería difícil á un europeo darse cuenta de ello. Los nómadas desdeñan profundamente al habitante de las ciudades, á quien consideran como esclavo, pues para ellos ligarse á la tierra es despedirse de la libertad, porque, según creen, el hombre que se hace dependiente del suelo, no tarda en estar sujeto á un amo. El nómada no tiene otra cosa que su libertad; pero esa libertad la mira como superior á todos los demás bienes, y ha sabido conservarla intacta hasta hoy á través de las edades. Ninguno de los conquistadores que han dominado al mundo, lo mismo griegos que romanos, persas, etc., etc., ha podido jamás someterlos; de modo que una dominación sobre los nómadas, además de ser siempre efímera, ni siquiera podrá establecerse, si no se combate á los nómadas con otros nómadas.

Ese sentimiento de independencia remonta á los primeros tiempos de su historia, pues Diodoro de Sicilia asegura que entre los Nabateos, nómadas de la Arabia Pétreá, estaba prohibido plantar trigo y árboles frutales y construir casas, por considerar que no cabía guardar estos bienes, sin sacrificar la libertad. Así es que nunca pudieron ser conquistados, y Herodoto observa que cuando la Fenicia y Palestina se veían obligadas á enviar cuantiosos tributos al rey de Persia, los Arabes eran los únicos exentos de ellos.

El instinto del saqueo y el carácter batallador de los Arabes nómadas los convierten siempre en vecinos temibles para los países civilizados, los cuales no pueden menos de considerarlos como verdaderos bandidos. Pero el punto de vista de los Arabes difiere completamente,

pues tan orgullosos están del pillaje de una caravana, como los europeos puedan llegar á estarlo del bombardeo de una ciudad, de la conquista de una provincia ó de hazañas análogas; y si los nómadas no levantan por eso estatuas á sus jefes célebres, depende de que en Arabia no se erigen á nadie, lo cual no les impide imaginar que deben tener por ellos tanta veneración como nosotros por nuestros grandes conquistadores.

Además, debióse á estos arraigados instintos de guerra y saqueo el que los Arabes nómadas llegasen á ser excelentes guerreros al mando de los sucesores de Mahoma, haciendo rápidamente la conquista del mundo; pero hasta dentro de las nuevas condiciones á que estuvieron sometidos, conservaron invariablemente sus instintos primitivos, pues el carácter de un pueblo apenas cambia; y tan sólo los manifestaron bajo nuevas formas, convirtiéndolo el amor del saqueo en amor de conquistas, y los hábitos de generosidad en origen de esas costumbres caballerescas que todos los pueblos de Europa imitaron en seguida.

Bien que al principio su costumbre de andar en rivalidades intestinas les fué útil hasta cierto punto, originando entre ellos un vivo sentimiento de emulación; como estaban demasiado arraigadas para contenerse en límites prudentes, acabaron por echarlos á perder.

Los Arabes nómadas formaron especialmente gran parte de los ejércitos de los sucesores de Mahoma, haciendo grandes servicios á estos últimos en calidad de conquistadores. Pero en cambio no salió de ellos el plantel de sabios y artistas que tan irradiante brillo dió á la civilización de los discípulos del profeta.

Los nómadas siempre han despreciado las conquistas de la civilización, prefiriendo mucho más su existencia del desierto; lo cual es uno de esos sentimientos hereditarios que son análogos á los de los Indios de América, y contra los cuales nada llega á prevalecer. Los Arabes nómadas han rechazado siempre, y particularmente en Siria, las tierras que les ofrecían para que se estableciesen en ellas. Esa gente, cuya arrogante y noble actitud ha sorprendido á todos los viajeros, saben bastarse sin los recursos artificiales de la civilización, y no cederían el paso al más altivo barón feudal de la Edad media. Además, la vida del desierto no carece de atractivo, y confieso de buena gana que si debiese escoger entre esta vida independiente y la existencia de un operario que dedica doce horas

diarias en una fábrica á un trabajo embrutecedor, no vacilaría largo tiempo.

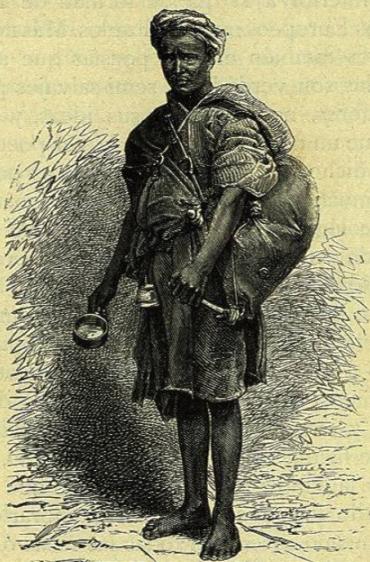
Aunque no hayan pasado de las formas más primitivas de la evolución de las sociedades humanas,—formas que las condiciones de la existencia en el desierto les impiden dejar,—los Arabes nómadas son muy superiores á los demás pueblos pastores que todavía se hallan en diversos puntos del globo; y yo que he conversado muchas veces con ellos, tengo para mí que su concepción de la existencia no es de ningún modo inferior á la que se forman de la suya muchos Europeos muy civilizados. Más adelante veremos también en sus poesías que si estos nómadas son verdaderos semi-salvajes por sus costumbres, no lo son por sus ideas, y que es raro que un nómada no sea á la vez poeta.

He dicho que al mismo tiempo es poeta, y, como muchos de estos, es un verdadero niño. A lo psicológicamente característico que hemos señalado en el nómada, hay que añadir quizás la cualidad más importante de todas, la cual consiste en poseer, á pesar de su calma aparente, un carácter muy movible que lo asemeja mucho á la mujer y al niño. Como estos, no tiene nunca otro guía que el instinto del momento, y juzga siempre por las apariencias, dejándose fácilmente alucinar por el ruido, por el brillo y la pompa exterior; de modo que el mejor medio de convencerlo es deslumbrarlo.

Lo mismo sucede en todas las razas ó naciones primitivas; y lo mismo con las mujeres y los niños, porque ambos representan igualmente las formas inferiores de la evolución humana. El nómada no es realmente más que un semi-salvaje; sin duda un semi-salvaje inteligente, pero con la circunstancia de no haber dado desde muchos miles de años há un solo paso hacia la civilización; de modo que no ha pasado por ninguna de las transformaciones acumuladas por la herencia en los hombres civilizados. Si, como creemos, los caracteres psicológicos bastan para establecer profundas diferencias entre los hombres, cabe decir que el Arabe sedentario y el Arabe nómada constituyen dos razas separadas por un verdadero abismo.

Los Arabes sedentarios de la Arabia, de los que vamos ahora á ocuparnos, difieren mucho de los nómadas de quienes acabamos de hablar; y no son gente semi-bárbara, como generalmente se cree. Palgrave hace observar con razón que este erróneo parecer resulta tan sólo de no haber visitado los viajeros en general sino algunos puntos sin importancia del litoral de esta

vasta península; y se muestra muy admirado de la instrucción de los habitantes del Omán, asegurando que no sería difícil hallar en el Nedjed individuos tan aptos como los ingleses para construir máquinas, ó trazar ferrocarriles. Además es sabido que hay en el Yemen dos universidades, la de Zebid y la de Damar, que aunque no tengan la importancia de la antigua y célebre del Cairo, contribuyen, como esta última, á difundir una instrucción sólida entre las clases ilustradas del país.



Aguador de Tánger. — De fotografía

Estamos hoy habituados á juzgar de los Arabes por las tristes muestras que de ellos vemos en Siria, Egipto y Argel: gente envilecida por toda suerte de mezclas y servidumbres; pero es bien evidente que se necesita ir á la misma cuna del pueblo Arabe, para estudiarlo, y tener de él una idea exacta. El autor, á quien ahora mismo citaba, ha vivido largo tiempo entre ellos, y después de tenerlos por una de las más nobles razas de la tierra, añade:

«He dicho una de «las más nobles razas de la tierra;» y en efecto, los Arabes de las ciudades merecen este elogio, pues como he viajado mucho, y he tenido frecuentes relaciones con pueblos tan diferentes como Africanos, Asiáticos y Europeos, muy pocos me parecen dignos de descollar sobre los habitantes de la Arabia central. Sin embargo, estos últimos hablan la misma lengua que los nómadas del desierto, y la misma

sangre corre por las venas de ambos grupos. Pero ¡qué distancia del uno al otro!»

Hicimos notar más arriba que los Arabes sedentarios tienen, lo mismo también que los pueblos civilizados, diferencias considerables de país á país. Esas diferencias se hallan ya en Arabia; pues en esa misma provincia del Nedjed, bien que verdaderamente más grande que muchos Estados Europeos, existen diferencias tan profundas, entre los Arabes, que no son mayores las que separan al habitante del Norte de Europa del habitante del Mediodía. Los Wahabitas, por ejemplo, han de tener un carácter muy diferente del que se atribuye á la mayor parte de los Arabes; pues parece que son enérgicos; que no ceden al primer impulso; que están dotados de mucho disimulo, y sobre todo que son muy envidiosos. Hé aquí cómo los describe Palgrave:

«Los Wahabitas, gente menos generosa, menos pronta á abrazar empresas difíciles, menos alegre y franca que los demás Arabes, son en cambio más perseverantes y prudentes que estos; raras veces manifiestan con palabras sus secretos sentimientos; pero tienen firmeza en sus proyectos, son terribles en sus venganzas, enemigos implacables, y amigos dudosos para quien no sea compatriota suyo; pudiendo decirse de ellos, sin ofensa de nadie y con la correspondiente reserva, que vienen á ser una especie de Escoceses de la península. La expresión de su fisonomía reservada, dura, y hasta sombría, contrasta de un modo extraño con la de los Arabes del Norte. No obedecen á la impresión del momento, sino que siguen un sistema trazado de antemano; y aunque tengan poca inteligencia, están dotados de una voluntad firme y perseverante, que les hace capaces de organizar poderosamente su estado social, y llegar á ser para sus vecinos unos señores tiránicos. Finalmente su estrecha unión ha de asegurar su triunfo sobre enemigos debilitados por divisiones incesantes. Así es que el imperio Wahabita tiende á absorber la mayor parte de la península, y quizás sus sueños de ambición se realicen mucho antes de lo que nadie se figura.

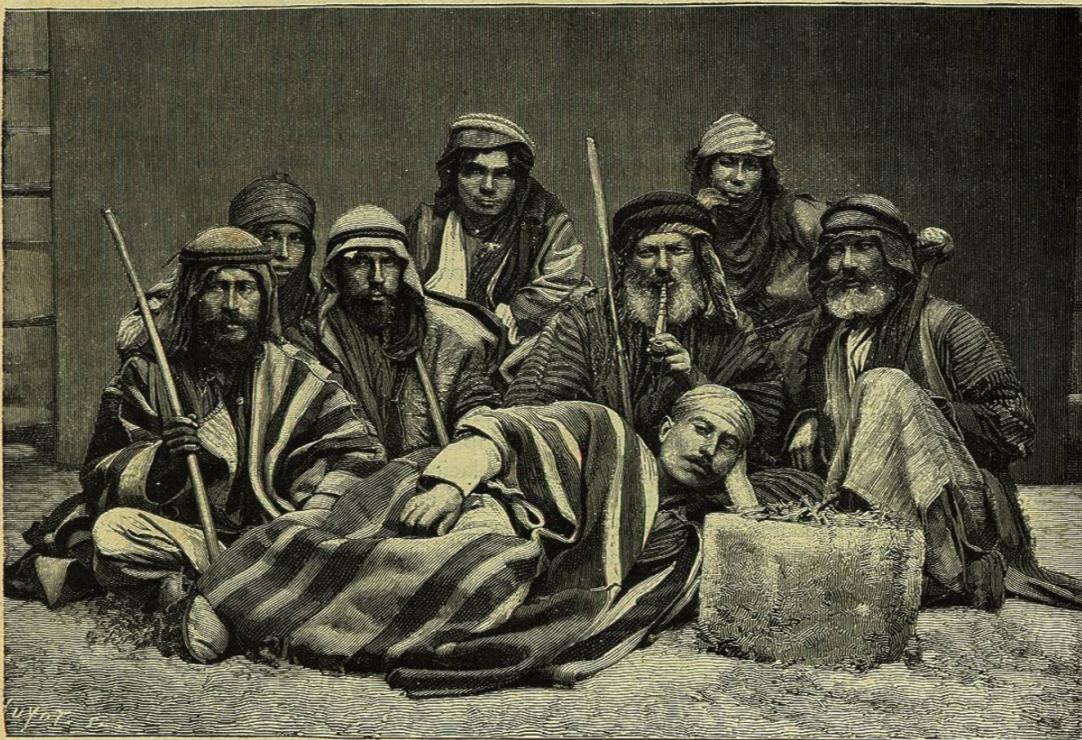
»Su carácter se refleja en los menores actos de su vida doméstica; y cuando se habla con ellos, conviene no perder de vista sus gestos, ni dejar de prestar atención á su acento, como se haría con un enemigo.»

*Arabes de Siria.*—Como los Arabes de la Arabia, los de la Siria se dividen en nómadas y sedentarios, siendo los primeros, habitantes del

desierto, y morando los segundos en las ciudades.

Lo mismo que todos los nómadas, los Arabes de la Siria no han tenido que sufrir mucho de las diferentes dominaciones que cayeron sobre el país; y viven hoy, según vivían há 3,000 años, del producto de sus rebaños y del saqueo. Excepto las ciudades, el país les pertenece de hecho;

pues más allá del Jordán y hasta á las mismas puertas de Damasco, atacan á los viajeros y á las caravanas que no han pagado rescate para hacerse escoltar y atravesar su territorio. Además poseen aquel doble carácter de rapacidad y generosidad que ya hemos indicado, y el forastero á quien han concedido hospitalidad es siempre para ellos sagrado.



Arabes nómadas del desierto de Siria. — De fotografía

Nada ha podido obligar á los Arabes de Siria á renunciar la vida nómada que llevan desde tantos siglos atrás; pues siempre han desdeñado las concesiones territoriales, negándose á todo trabajo agrícola.

Además de los Arabes del desierto ó Beduinos, que profesan la religión de Mahoma, hay en Siria tribus que siguen cultos bastante diferentes; las cuales separadas por sus creencias religiosas y no cruzándose las de cada culto sino entre sí mismas, han acabado por adquirir caracteres particulares, que permiten distinguirlos fácilmente. Las más importantes son las de los Metualis, de los Ansariés, los Maronitas y los Drusos.

Los Metualis son unas tribus de Arabes mon-

tañeses, que viven muy aislados; pertenecen á la secta mahometana de los chiitas, y son muy intolerantes; de modo que nunca se avienen á comer en compañía de los forasteros. Se supone que son unas antiguas tribus Kurdas, pero tienen caracteres complejos, correspondientes á la vez á los Mogoles, Arabes y Persas.

Los Ansariés se componen igualmente de tribus montañosas, que siguen una religión derivada del islamismo, pero que difiere sensiblemente de la fundamental; pues se asegura que creen en la metempsicosis, adoran el sol y la luna, etc., etc.

Por más que los Maronitas se parezcan á los Sirios, tienen una personalidad distinta, formando una secta cristiana vanidosa y penden-